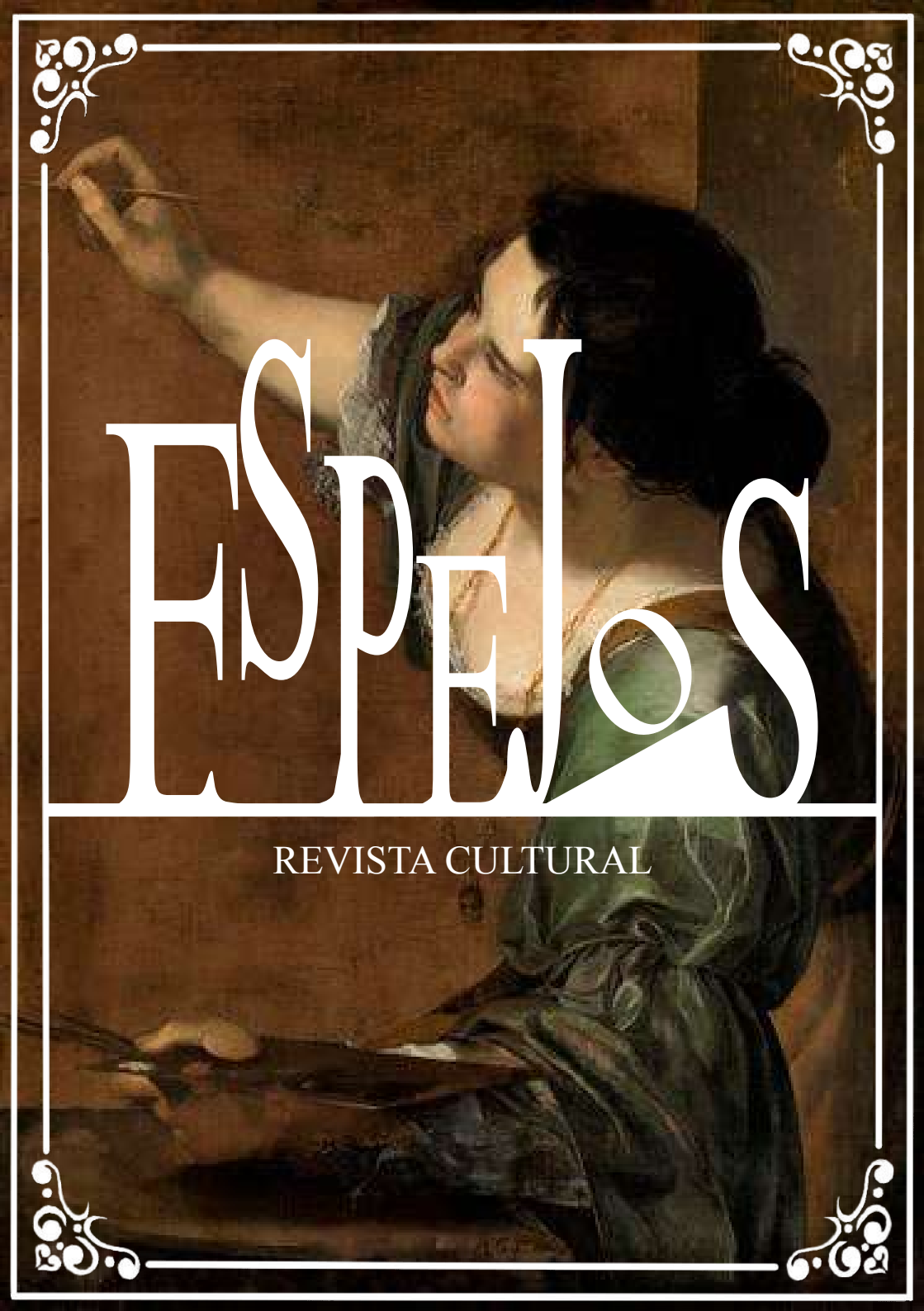


ESPEJOS

REVISTA CULTURAL

nº1 julio 2026



para pensar, mirarnos y cuestionar el mundo que comartimos.



Berthe Morisot, *El espejo psiqué*, 1876



Gwen John, *A Lady Reading*, 1911

Esta revista surge en el marco de mis prácticas en el Instituto Europa de los Pueblos y comparte con él una inquietud que atraviesa todas las páginas que siguen. Cómo pensar los pueblos desde la memoria, la cultura, la diversidad y las voces que con demasiada frecuencia quedan fuera de los relatos dominantes.

Vivimos en una Europa atravesada por profundas transformaciones sociales, culturales y políticas. En este contexto, preguntarnos qué nos une, cómo convivimos con la diferencia y qué historias decidimos recordar no es un ejercicio secundario. Es una necesidad.

Los textos que componen esta revista nacen de preguntas, lecturas e inquietudes que me han acompañado durante este tiempo. No pretenden ofrecer respuestas definitivas. Son una invitación a detenerse, a escuchar y a pensar colectivamente aquello que compartimos.

Pero también son una invitación a participar.

Ojalá existieran más espacios donde estudiantes, investigadores, artistas o cualquier persona con algo que decir pudiera compartir sus reflexiones, preocupaciones e ideas. Ojalá estas páginas sean el comienzo de otras conversaciones.

Porque los pueblos no se construyen solo a través de instituciones o grandes acontecimientos. También se construyen desde nuestra agencia. Desde el tiempo que dedicamos a detenernos frente a esos espejos que ya existen y que, demasiadas veces, elegimos no mirar.

A lo largo de estas páginas aparecen también distintas artistas. Si esta revista nace del deseo de abrir espacios para escuchar voces diversas, parecía inevitable dejarme acompañar por algunas de ellas.

Las obras que aparecen aquí no pretenden ilustrar los textos ni servir únicamente como apoyo visual. Son voces que dialogan con las preguntas planteadas en estas páginas. Voces que, desde otros tiempos y lugares, han reflexionado.

Mi ideal de un proyecto como este sería reunir muchas más voces en conversación. Mientras tanto, estas artistas me acompañan en el recorrido, y sus obras funcionan como espejos desde los que mirar los temas que atraviesan la revista.

He optado, además, por que todas ellas sean mujeres europeas, como un pequeño guiño al Instituto Europa de los Pueblos y a la diversidad Europea, recorriendo el continente a través de sus miradas.



Anna Ancher, ***Interior of the blue room with the artist's mother Ane Brøndum, 1913***



Paula Rego, *The Policeman's Daughter*, 1987

ÍNDICE



Cecily Brown, *Dog Day Afternoon*, 1999

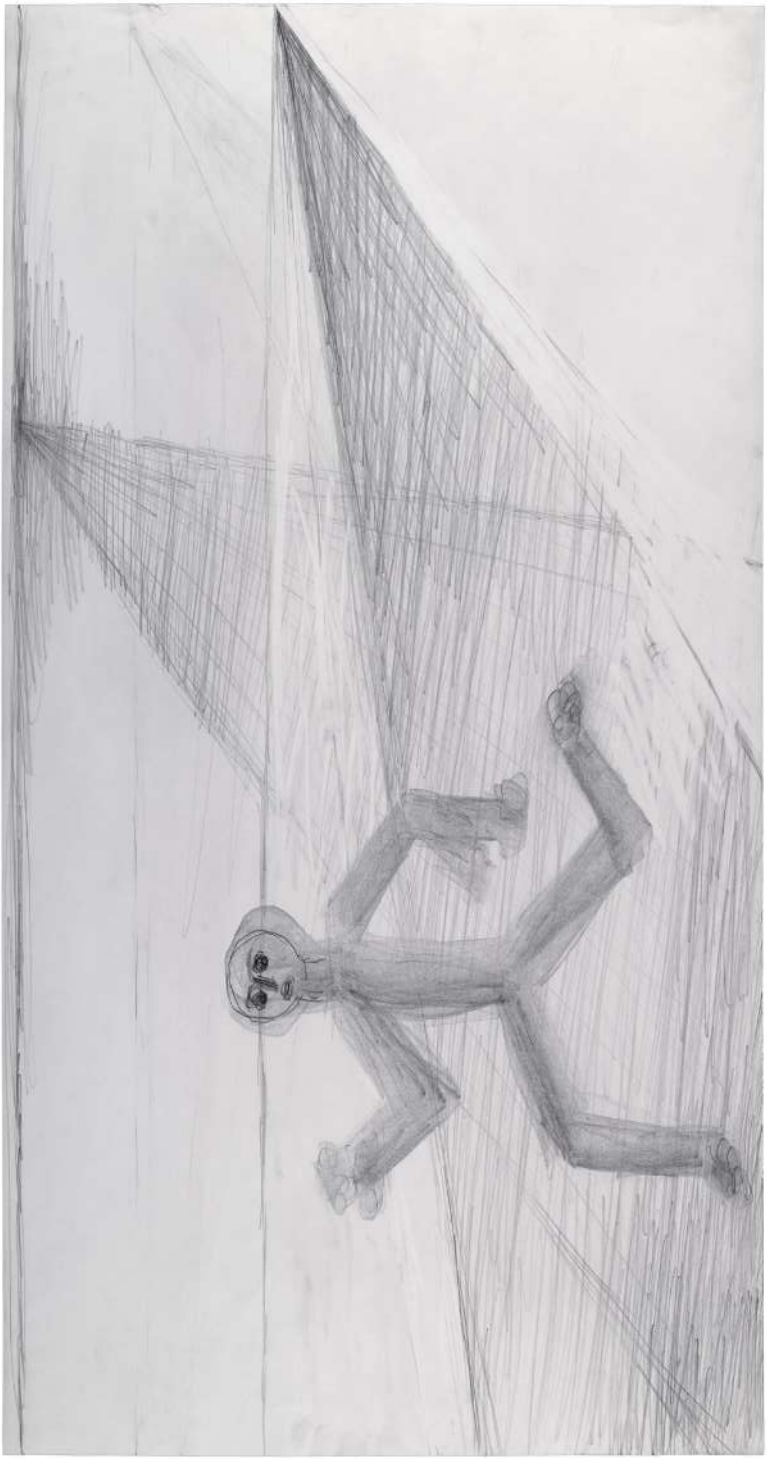
01 Cultura o vertidad.....19

02 “Común sin comunidad”.....29

03 Histeria como denuncia.....39

04 Manchados de memoria.....49

BASILEA, SUIZA



Miriam Cahn, *Sin título*, 2005

¿POR QUÉ UNA REVISTA?

Resulta casi anacrónica la realización de una revista en una época en la que la información circula de forma tan constante, abundante e inmediata. Sin embargo, es precisamente esa inadecuación con respecto al formato (lento y demandante de tiempo) la que convierte la revista en una herramienta especialmente adecuada para reflexionar sobre cuestiones tan fundamentales como la cultura, la comunidad y la voz. En cierto sentido, la propia revista funciona como una metáfora de nuestro tiempo; nos hemos acostumbrado a la inmediatez y quizá necesitemos detenernos, aunque solo sea por un momento, y desconectarnos de la red que nos cautiva.

Publicar una revista es hacer política cultural. No porque toda revista deba responder a una posición partidista, sino porque toda decisión, en este caso editorial, supone una forma de intervenir en el espacio público. Se trata de poner el acento sobre lo público, de crear espacios para el conflicto y la escucha activa contemporánea. Como señala Beatriz Sarlo (1992), las revistas son laboratorios donde se ensayan propuestas estéticas, posiciones ideológicas y formas de comprender el presente.

Se habla constantemente de pensamiento crítico, de participación ciudadana y de compromiso con la sociedad. No obstante, rara vez nos preguntamos dónde se cultivan realmente esas capacidades.

¿En qué espacios aprendemos a escuchar otras voces, a confrontar nuestras ideas o a construir un pensamiento compartido? Este proyecto nace precisamente de esa inquietud, surgida durante mi formación universitaria y desarrollada en el marco de mis prácticas.

La propuesta de esta revista no responde únicamente al deseo de publicar textos, sino a la necesidad de abrir un espacio donde la cultura pueda convertirse en un lugar de encuentro.

No necesitamos más información; necesitamos más espacios donde esa información pueda convertirse en pensamiento compartido. Svetlana Aleksiévich (2015, p.19) lo expresa con claridad: “hay decenas de programas televisivos y portales en Internet dedicados a alimentar la nostalgia”, pero ¿cuántos de ellos están dedicados a construir la memoria colectiva?

Nuestra mirada está nublada y los espejos donde mirarnos tapados.

Hay que dejar de alimentar espejismos. Dejar de preferir simulacros cómodos a realidades incómodas. La cultura no puede limitarse a confirmar aquello que ya creemos ni a ofrecernos un refugio frente al conflicto. Al contrario, debería obligarnos a detenernos, a mirar de frente aquello que nos atraviesa, tanto individual como colectivamente.

El problema no es la ausencia de espejos, nunca lo ha sido, sino que hemos aprendido a cubrirlos. Solo cuando una comunidad es capaz de dedicar tiempo a mirarse, puede reconocerse, cuestionarse y transformarse. El espejo no existe para tranquilizarnos, sino para devolvernos una imagen que, en ocasiones, resulta dolorosa.

Espero que estas páginas sirvan para descubrir voces que durante demasiado tiempo han permanecido al margen, para recuperar memorias que siguen interpelándonos y para no temer al conflicto cuando este nos obliga a pensar.

Nagore Díaz de Corcuera Arteaga, 24 de julio de 2026.

Es escribir a alguien
o lanzarse al silencio,
a nadar en lo oscuro,
a encender una llama
aunque ahoguen las dudas.
¿Carta a lo que no existe?
Hay buzones alados
que se disparan solos
y un correo sin pistas
ni trayecto seguro.

Eludir el camino
que todos conocemos.
Seguir hacia adelante
ruta de los que intentan
lo que nunca pensaron
y se sienten felices
porque hay algo distinto,
porque se desvanece
de pronto lo que sobra
y no existe el vacío
si queremos colmarlo.

Ernestina de Champourcín, *Carta al vacío*, 1993

“En los últimos años ha habido mucha libertad de pensamiento, pero no pensamiento”.

Echar raíces **- Simone Weil, 2014, p.55**

01

CULTURA O VERTICALIDAD

La frase que da comienzo a este escrito proviene de Echar raíces, de Simone Weil, publicado en 1943. Han pasado más de ocho décadas desde entonces y, aún así, sus palabras siguen resonando hoy con la misma fuerza. Lo más desolador no es su vigencia, sino comprobar que muchos de los caminos que abrió continúan sin recorrerse. Quizá porque hemos aprendido a mirar siempre hacia delante, confundiendo el movimiento con el progreso. Pero hay realidades que sólo pueden comprenderse mirando hacia atrás, allí donde se acumulan las preguntas olvidadas, los proyectos inacabados y las voces que no llegaron a ser escuchadas.

Según Weil (2014), la dificultad para transmitir la cultura no habita en que sea demasiado elevada para el pueblo, sino en que es demasiado baja. Ha sido degradada, simplificada y separada de la vida común, y el problema sigue siendo el mismo que hace 83 años, hemos convertido la cultura en objeto de consumo o de especialización cuando debería ser uno de los principales espacios desde los que una sociedad se piensa a sí misma.

Hemos terminado por entender la cultura como algo que se conserva antes que como algo que se transmite.

Custodiamos libros, obras, archivos y tradiciones, pero rara vez nos preguntamos si siguen formando parte de la vida de quienes habitan nuestras comunidades. Una cultura que deja de circular acaba convirtiéndose en un objeto de contemplación. Puede permanecer intacta durante siglos, pero habrá dejado de ser libre.

La cultura está encerrada. La hemos encerrado. Se deteriora en espacios cada vez más reducidos, exigiendo un esfuerzo intelectual que, con demasiada frecuencia, queda reservado al privilegio. Pero el pensamiento no existe porque sí. Necesita condiciones. Necesita palabras. Necesita tiempo. No podemos permitir que muera la inteligencia. Sin embargo, evitar su muerte no significa apresarla tras los muros de la especialización. Se trata, precisamente, de lo contrario, de su liberación, de su transmisión, de impedir su verticalización.

Por esa razón es necesaria: “una reconciliación de la cultura y el pueblo, a una nueva orientación de la cultura” (Weil, 2014, p. 90).

Una nueva orientación que se centre en la indagación de formas adecuadas de transmisión cultural.

No una transmisión basada únicamente en una historia lineal de acontecimientos, normalmente articulada a través de la dinámica del ellos y nosotros. Hablamos de todo aquello que durante siglos ha quedado fuera del relato.

Hablamos de la esperanza de miles de individuos de los que hoy apenas quedan unas páginas. Quizá el reto de nuestro siglo consista precisamente en estar a la altura de los ideales de justicia que generaciones anteriores imaginaron para el futuro. En detenernos ante los gritos que fueron silenciados por el avance dominante de una historia que no supo acogerlos.

Hay millones de voces: pasadas, presentes y futuras. No debemos tratarlas como un manual de instrucciones, pero sí como una guía. Podemos aprender de ellas. Tenemos en nuestro tiempo, y en nuestras manos, la posibilidad de construir una opinión propia. No como algo heredado o recibido pasivamente de otros, sino como algo cultivado. La cultura, la historia y la opinión no deberían ser realidades estancas. Deberían transformarse a medida que lo hacemos nosotros, a medida que lo hace la propia sociedad.

Una sociedad política como la nuestra no puede vivir instalada en la despolitización. Espero que no se entienda aquí la política en un sentido partidista.

No me refiero a siglas ni a instituciones concretas, sino a aquello que atraviesa nuestra vida en común, a esa fina capa de polvo que termina depositándose sobre todas las superficies. Marina Garcés (2018) afirma que: "perder las palabras produce dolor en todo el cuerpo" (p. 31). Perderlas produce dolor; no haberlas tenido nunca produce vacío. Y veo demasiado vacío a nuestro alrededor. Lo veo en una sociedad que rechaza la política como si fuera un virus, cuando quizá lo que deberíamos rechazar no es la política en sí misma, sino determinadas formas de hacerla y de comprenderla.

En esta situación de discontinuidad histórica en la que nos hallamos, ¿cómo nos reencontramos? ¿Cómo volvemos a reconocernos como parte de algo compartido? En una sociedad atravesada por la amnesia, necesitamos, como plantea Garcés (2018), una educación capaz de hacer experiencia de lo común. Necesitamos aprender qué es lo común, cómo se construye y por qué merece ser cuidado.

Quiero lanzar un mensaje hacia la necesidad de educación cívica en nuestras sociedades, en tratar conceptos tan importantes como: memoria, comunidad, diversidad, feminismo, inmigración, escucha, empatía, inclusión, sensibilidad o dignidad. No tenemos que tener todos la misma opinión. Resultaría tan imposible como indeseable.

Pero sí deberíamos aspirar a que el respeto al prójimo fuese nuestro lema, en lugar de la constante necesidad de demostrar quién es más fuerte, más autosuficiente o más independiente. La interdependencia es algo que se rechaza actualmente. Trazamos diferencias entre nosotros de forma continua, olvidando que no seríamos nada sin los que nos rodean. Quizá por eso necesitemos aprender también a escuchar. Escuchar no para responder inmediatamente ni para convencer al otro, sino para comprender que ninguna comunidad puede construirse cuando sus miembros han dejado de reconocerse mutuamente.

SEVILLA, ESPAÑA



Carmen Laffón, *El Coto desde Sanlúcar XII*, 2013-2014



Veronika Blyzniuchenko, *Gratitude for*



***the talent that God gives us*, 2024**

“Una colectividad no es una mera suma de personas ni una colección de ideas. Implica entenderse desde contextos y problemas compartidos”.

***Ciudad Princesa* - Marina Garcés, 2018, p.92**

02

“COMÚN SIN COMUNIDAD”

El título de este escrito proviene de una expresión utilizada por Marina Garcés (2018, p.75): “común sin comunidad”. Expresión que atiende una experiencia colectiva difícil de definir, ya que no es una suma de individuos aislados, pero tampoco una comunidad consciente de sí misma. Desde mi lectura, la expresión no ha dejado de rondar en mis pensamientos, puede que sea porque describe una de las contradicciones más palpables de nuestra actualidad.

Vivimos rodeados de personas. Compartimos ciudades, instituciones y problemas. Habitamos espacios comunes y, sin embargo, cada vez resulta más difícil saber si formamos parte de algo.

Este texto habla de puebloS. En plural. La diferencia solo es de una letra. Apenas una letra. Sin embargo, esa letra es una toma de posición. Hablar de pueblo, en singular, suele sugerir tratar una realidad homogénea, una identidad compartida, una historia común capaz de englobar a todos sus integrantes bajo una misma definición. Hablar de pueblos implica reconocer la existencia de múltiples experiencias, memorias, culturas y formas de habitar el mundo.

La S final no es una amenaza para la comunidad, sino su condición de posibilidad.

Existen fronteras en nuestro mundo, algunas profundamente dolorosas, que merecerían cada día nuestras lágrimas por esas vidas no lloradas, hablando en términos butlerianos. No obstante, la diferencia no debería entenderse como una frontera, con todo el peso negativo y amenazante que la palabra arrastra. No es un obstáculo que deba superarse para alcanzar la convivencia, quizá sea precisamente aquello que la hace posible. Nadie aprende de lo que ya conoce. Nadie necesita escuchar a quien piensa exactamente igual que él, para eso se tiene a sí mismo.

Y, sin embargo, vivimos un momento extraño. Un momento en el que la necesidad de pertenecer parece chocar con una creciente incapacidad para construir comunidad. Buscamos desesperadamente lugares donde reconocernos, pero cada vez nos cuesta más soportar la complejidad que implica la convivencia. La diferencia se transforma en sospecha, el desacuerdo en amenaza y la empatía en debilidad.

Puede ser que, por esa razón, la polarización encuentre hoy un terreno fértil donde crecer. Ofrece algo que los seres humanos siempre han necesitado: sensación de pertenencia. El problema es que lo hace simplificando el mundo hasta convertirlo en una elección constante entre unos y otros.

Entre quienes pertenecen y quienes quedan fuera. Entre quienes tienen razón y quienes no, como si las cosas solo pudieran ser o no ser.

Pero ¿queremos una sociedad que se sostenga sobre una lógica de la exclusión?

Simone Weil (2014) afirmaba que un ser humano echa raíces a través de su participación real y activa en una colectividad. No obstante, participar en una colectividad no significa disolverse (perderse) en ella. Significa formar parte de algo común sin dejar de ser uno mismo. Significa poder discrepar sin ser expulsado. Significa poder escuchar sin renunciar a pensar.

Tenemos que reaprender a convivir con la diferencia.

Reaprender que toda comunidad está formada, antes que por identidades, por personas. Personas que no siempre saben explicar aquello que traen dentro de su mochila, pero que, a pesar de todo, necesitan espacios donde poder hacerlo. La sensibilidad no es un asunto que deba permanecer oculto en el ámbito privado.

Durante demasiado tiempo se nos ha enseñado a desconfiar de ella.

A pensar que lo importante es la eficiencia, la productividad o la capacidad de imponerse. Sin embargo, ninguna comunidad puede construirse únicamente desde la fuerza, ya sea legítima o ilegítima. Toda comunidad necesita también de la escucha, del cuidado y de la capacidad de reconocer al otro con dignidad.

Tal vez por eso necesitamos más espacios donde las voces puedan aparecer sin la obligación de representar a nadie más que a sí mismas. Espacios donde la diferencia no tenga que justificarse continuamente. Espacios donde sea posible hablar, escuchar y pensar sin que cada palabra se convierta inmediatamente en un arma de doble filo. Porque una sociedad democrática no se construye únicamente garantizando el derecho a hablar, debe preguntarse quién es escuchado, quién queda fuera de la conversación y qué experiencias siguen sin encontrar un lugar desde el que ser compartidas.

A veces me pregunto qué tipo de sociedad estamos construyendo. Si nos enorgullece aquello que vemos cuando miramos a nuestro alrededor. Si somos capaces de reconocernos en los demás o si nos hemos convertido, poco a poco, en piezas sueltas esperando ser recogidas.

Los pueblos no son entidades abstractas ni realidades ajenas a quienes los habitan. No existen al margen de nosotros. Son el resultado de millones de gestos, decisiones, recuerdos y relaciones formadas a lo largo del tiempo. Son las huellas de quienes estuvieron antes, de quienes están ahora y de quienes llegarán después. A veces hablamos de proteger los pueblos como si fueran algo externo, como si estuvieran situados fuera de nosotros mismos. Sin embargo, proteger un pueblo significa protegernos.

No se trata de salvar los pueblos como patrimonio muerto, sino como relaciones humanas vivas.

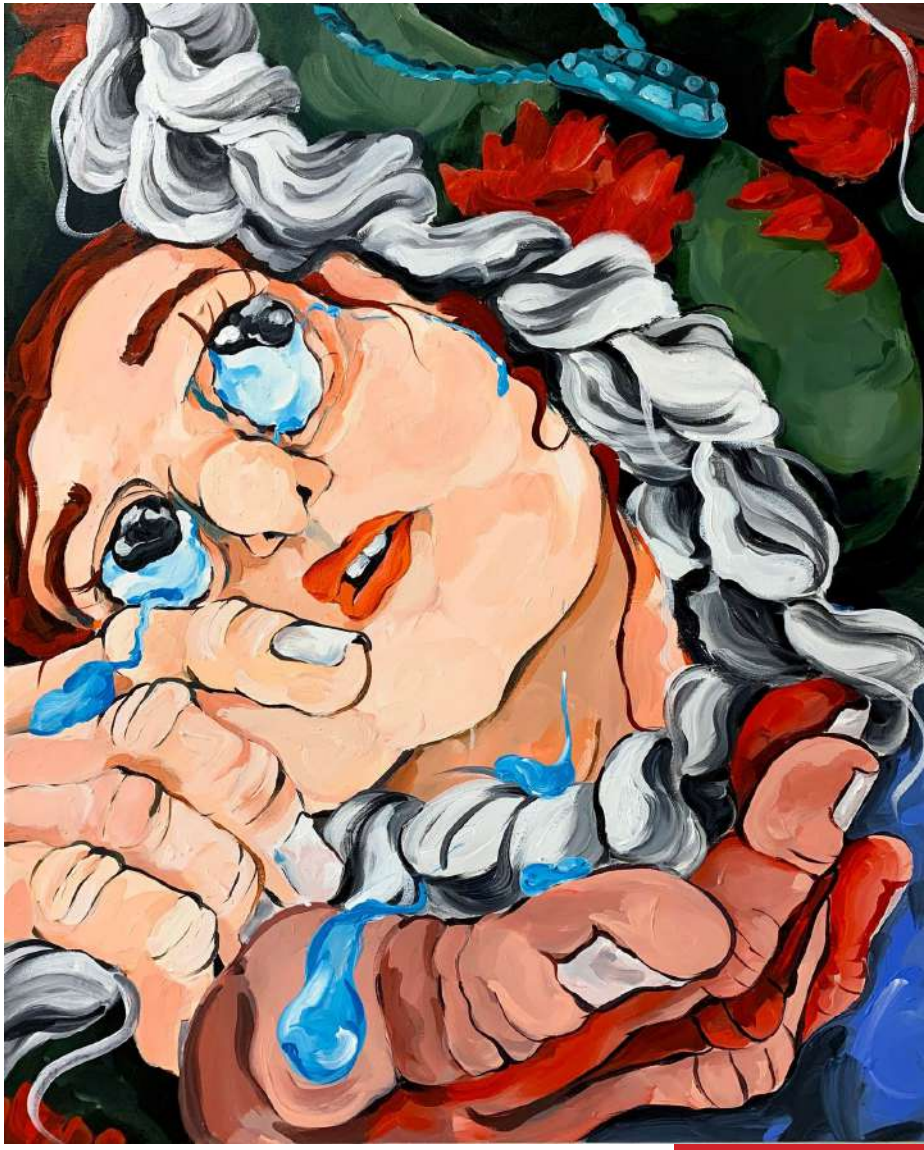


Maria Lassnig, Der rote Zorn, 1984



Michaela Yearwood-Dan, *Yet to be found*, 2022

Cristina BanBan, *Por mi iaia "La Pencha"*, 2020



EL PRAT DE LLOBREGAT, CATALUÑA

“Todo el mundo estaba harto de sus «ladridos» o «gruñidos»”.

***Mujeres y poder: un manifiesto*- Mary Beard, 2017, p.11**

03

HISTERIA COMO DENUNCIA

Hay silencios que nacen de la ausencia de palabras. Otros, en cambio, se producen cuando las palabras han sido pronunciadas, pero nadie ha estado dispuesto a escucharlas.

A menudo hablamos de dar voz, como si el problema fuera que determinadas personas o colectivos no hubieran hablado lo suficiente. Sin embargo, si miramos hacia atrás, o incluso a nuestro alrededor, podemos darnos cuenta de que las voces siempre han estado ahí. Lo que no ha existido es su reconocimiento como legítimas.

Mary Beard (2017) recuerda el caso de Afrania, que da comienzo a este escrito. Era una mujer romana que defendía personalmente sus demandas judiciales. Las fuentes de la época no describen su intervención como un discurso ni como una argumentación, sino que la presentan a través de una imagen animalizada: ladridos y gruñidos. No se cuestionaba lo que decía, se cuestionaba su capacidad misma para hablar.

La historia está llena de escenas parecidas.

Beard (2017) nos ilustra la historia de Filomela, a la cual le cortan la lengua para impedir que pueda denunciar la violencia sufrida. Iriarte (1990) la de Casandra, la cual conoce aquello que va a ocurrir, pero su palabra queda condenada a no producir efectos. Las mujeres de la polis griega participan de la vida colectiva y, sin embargo, permanecen fuera de los espacios donde se decide qué merece ser recordado y qué merece ser olvidado. Por esa razón, no se puede hablar únicamente del silencio, ya que el problema nunca ha sido la ausencia de voz, sino que la mayoría de veces ha consistido en la imposibilidad de convertir esa voz en algo socialmente reconocible.

Entonces, ¿quién puede hablar?

O puede que haya otra pregunta más adecuada.

¿Quién puede ser escuchado?

Las voces silenciadas no pertenecen únicamente a las mujeres. También habitan en quienes quedaron fuera de los archivos, en quienes no escribieron la historia, en quienes fueron considerados demasiado pobres, demasiado extraños, demasiado diferentes o demasiado insignificantes para ser recordados. Habitan en las experiencias cotidianas que nunca llegaron a convertirse en documento.

En los sentimientos que rara vez encuentran espacio en los relatos oficiales. En todas esas vidas que sostuvieron el mundo sin aparecer en sus páginas.

Svetlana Aleksiévich (2015) insiste en ello cuando dirige su mirada hacia aquello que la historia suele dejar fuera. Los hechos permanecen registrados. Las emociones, los miedos y las heridas quedan relegadas al olvido. Como si la experiencia humana pudiera reducirse únicamente a acontecimientos pactados, pero ninguna comunidad puede comprenderse únicamente a través de sus victorias, sus fronteras o sus instituciones. Porque la historia suele recordar lo que "ocurrió", pero los pueblos también están hechos de lo que se sintió.

Y si buscamos las huellas de aquello que fue sentido pero no registrado, inevitablemente acabamos reencontrándonos con las mujeres.

Nuestra autoridad no ha dejado de cuestionarse a lo largo de la historia, y no solamente el contenido de nuestras palabras, también la legitimidad misma de pronunciarlas. Se nos ha descrito como excesivas, emocionales o irracionales. Como si sentir demasiado invalidara aquello que tenemos que decir. Como si la cercanía al dolor nos alejara de la verdad, en lugar de acercarnos a ella.

Existe una violencia especialmente cruel, que no consiste únicamente en hacer daño a un cuerpo, sino en lograr que ese dolor no importe. En convertir el sufrimiento en algo cotidiano. En acostumbrar a una sociedad a convivir con él sin detenerse a mirarlo. Todavía hoy existen lugares donde los cuerpos de las mujeres continúan siendo tratados como territorios de posesión, intercambio o castigo. Cuerpos utilizados para enviar mensajes políticos, religiosos o militares.

Nos han enseñado a desconfiar del grito. A asociarlo con la pérdida de control, con la exageración o con la histeria. Pero hay gritos que contienen más verdad que muchos discursos cuidadosamente ordenados. El grito aparece cuando las palabras dejan de ser suficientes. Cuando el dolor ha permanecido demasiado tiempo encerrado. Cuando una vida lleva demasiado tiempo intentando hacerse visible.

Pero las voces de las mujeres no han habitado únicamente el espacio del grito, también han habitado el de la transmisión.

Han sostenido memorias que nunca llegaron a escribirse. Han conservado relatos que parecían destinados a desaparecer. Han enseñado palabras, cuidado vidas y mantenido vivas formas de comunidad.

Por esa razón, la cuestión no consiste únicamente en recordar a quienes fueron silenciadas. Consiste también en preguntarnos qué hacemos con esa herencia. Qué tipo de mundo seguimos construyendo cuando determinadas voces continúan siendo cuestionadas por el simple hecho de existir.

Se nos ha hecho creer que las desigualdades forman parte del orden natural de las cosas. Que ciertas voces ocupan el centro y otras los márgenes. Que unos hablan y otros atienden. Que algunas experiencias merecen ser escuchadas mientras otras pueden ser ignoradas sin consecuencias.

Lo establecido es construcción, y lo construido se puede deconstruir.

Las estructuras que durante siglos expulsaron a las mujeres de la palabra pública, que transformaron sus discursos en "«ladridos» o «gruñidos»", que convirtieron su dolor en exageración y su rabia en histeria, no son leyes naturales. Son el resultado de decisiones. Y aquello que fue construido también puede ser cuestionado y transformado.

Por eso la denuncia sigue siendo necesaria. No porque queramos ocupar el lugar de nadie, sino porque todavía existen demasiadas mujeres a las que se les niega el suyo.

Todavía existen pueblos que continúan silenciando a una gran parte de quienes los conforman. Y mientras existan mujeres sin voz, las demás seguiremos gritando.

Nos da igual que nos llamen histéricas.

Emma Ainala, *Come as You Are*, 2025



HELSINKI, FINLANDIA



Hima af Klint, *La paloma*, 1915

“En vísperas de la Revolución de 1917, Aleksandr Grin escribió; «Se diría que el futuro ha dejado de ocupar el espacio que le correspondía». Cien años después el futuro vuelve a estar desubicado. Hemos entrado en una época en la que no se vive en un tiempo auténtico, sino de segunda mano”.

El fin del “Homo sovieticus” - Svetlana Aleksiévich, 2015, p.17

04 MANCHADOS DE MEMORIA

Hay una pregunta que me acompaña cada vez que escucho hablar de memoria: ¿qué ocurre cuando una sociedad no es consciente de que ha olvidado cuál es su relato compartido? A veces me pregunto cómo habitamos un presente tan lleno de información y, al mismo tiempo, tan distante de aquello que nos constituye. No se trata únicamente de olvidar, sino de la sensación de que algo falta, de que existen huecos difíciles de nombrar entre quienes fuimos, quienes somos y quienes podríamos llegar a ser.

La memoria histórica suele presentarse como una cuestión ideológica. Como si recordar fuese una posición política, pero nadie afirma que la cultura sea ideológica por transmitir una lengua, unas costumbres o una forma de comprender el mundo. Nadie cuestiona que necesitemos raíces. Entonces, ¿por qué seguimos discutiendo la necesidad de la memoria? Los pueblos no se construyen únicamente a partir de aquello que celebran, sino también a partir de aquello que deciden recordar.

Decir que la memoria histórica no es cultura es afirmar que la cultura está hecha de nada. Todo cuanto nos rodea está nutrido por la memoria, es su alimento. Además, es aquello que nos permite mirar de frente la incomodidad, tomar conciencia de nuestra herencia y reconocer nuestras raíces.

Como afirma Weil (2014): “un árbol cuyas raíces casi están podridas del todo cae al primer golpe” (p. 69). Sobre todo si las raíces, aquello que nos proporciona nutrientes, deja de estar en conexión con el resto del árbol.

¿Cómo no vamos a sentirnos muertos, o al menos en proceso de putrefacción?

Vivimos en una época que nos resulta extraña.

Sabemos más que nunca sobre el pasado y, al mismo tiempo, parece que cada vez nos cuesta más relacionarnos con él. Puede ser que sea porque la memoria no consiste únicamente en saber qué ocurrió, sino en preguntarnos qué significa para nosotros. Asimismo, hemos aprendido a hablar del futuro como si pudiera construirse desde cero, como si bastara con mirar hacia delante. Pero el futuro no aparece de la nada. Se alimenta de aquello que somos capaces de conservar, transmitir y transformar.

Porque la memoria no es un museo.

Es un espejo.

Uno que nos obliga a reconocer que el sufrimiento nunca pertenece únicamente al pasado. Todavía existen cuerpos convertidos en campos de batalla, pueblos obligados a abandonar su tierra, mujeres cuya voz es cuestionada antes incluso de ser escuchada, seguimos conviviendo con formas de exclusión que preferimos imaginar superadas.

Normalizamos la violencia. Normalizamos la desigualdad. Normalizamos la exclusión. Las ciudades no viven en la neutralidad. Viven, demasiadas veces, en la normalización. No obstante, estamos manchados, mucho más de lo que nos gusta reconocer. Heredamos, como se ha dicho anteriormente, lenguas, tradiciones y formas de habitar el mundo, pero también heredamos guerras, silencios, desigualdades y ausencias.

Por eso no podemos permitir que el pensamiento habite el exilio. Frente a la amnesia, es necesario reivindicar el no-olvido.

Esa es la razón que yo veo para que el arte haya acompañado a los pueblos desde hace siglos. No porque pueda sustituir a la historia, sino porque es capaz de conservar aquello que la “historia” no.

A veces lo hace en silencio.

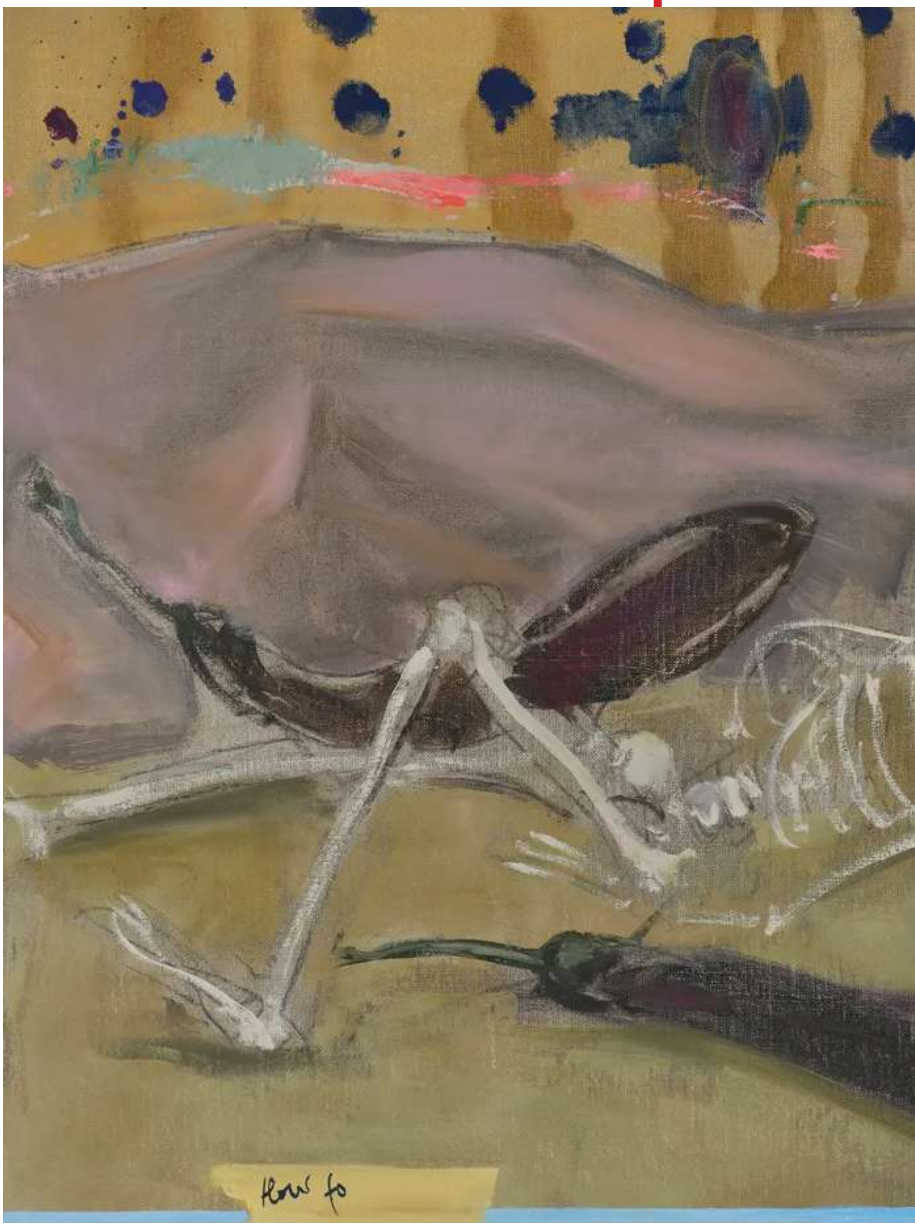
Pero basta detenerse a mirar para descubrir que ese silencio también grita.

Grita desde los cuerpos pintados, desde los paisajes vacíos, desde las miradas que atraviesan el tiempo y llegan hasta nosotros. Grita desde aquello que se niega a desaparecer. Desde aquello que insiste en ser recordado.

Quizá por eso las páginas de esta revista se han ido tiñendo de rojo.

Porque recordar no consiste en vivir anclados al pasado. Consiste en atrevernos a mirar aquello que nos ha traído hasta aquí, para pensar, mirarnos y cuestionar el mundo que compartimos.

RIGA, LETONIA



Ella Kruglyanskaya, ***Everyo***



***ne and Their Mortality*, 2024**

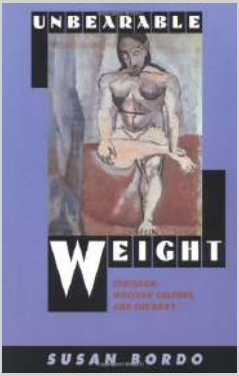
BIBLIOTECA PARA PENSAR

Esta pequeña biblioteca reúne algunas lecturas
para seguir pensando sobre memoria, cultura,
comunidad, feminismo y diversidad.

Algunas autoras entre mucha



Anna Ajmátova. (1963). Réquiem; Poema sin héroe.



Susan Bordo. (1993). Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body.



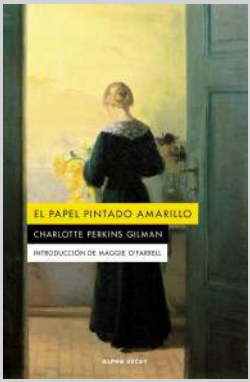
Ángeles Caso. (2014). Las desheredadas.



Dulce Chacón. (2002). La voz dormida.

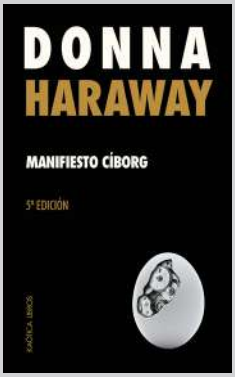


Silvia Federici. (2004). Calibán y la bruja.



Charlotte Perkins Gilman. (1892). El papel pintado amarillo.

as otras imprescindibles:



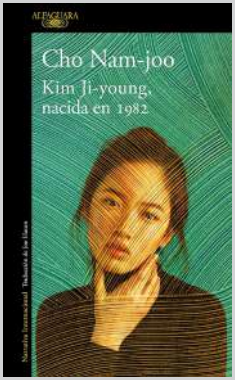
Donna Haraway. (1985). Manifiesto cyborg.



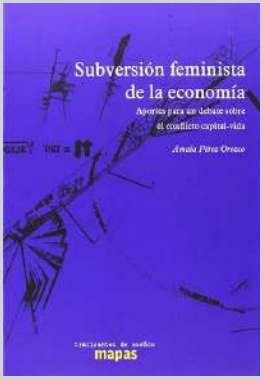
María Teresa León. (1970). Memoria de la melancolía.



Layla Martínez. (2020). Utopía no es una isla.



Cho Nam-joo. (2016). Kim Ji-young, nacida en 1982.



Amaia Pérez Orozco. (2014). Subversión feminista de la economía.



Alejandra Pizarnik. (2000). Poesía completa.



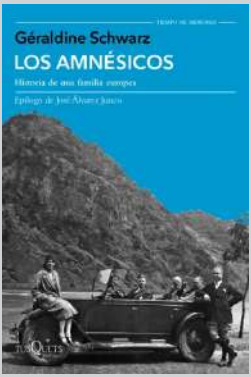
Gemma Ruiz. (2022). Nuestras madres.



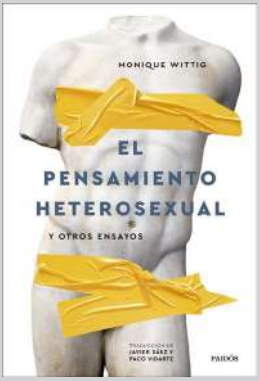
Marjane Satrapi. (2000). Persépolis.



Izaskun Sáez de la Fuente Aldama y Ayala Maqueda Aldasoro. (2016). Patriarcado y legitimación de la violencia de motivación política en Euskadi.



Gemma Ruiz. (2022). Nuestras madres.



Monique Wittig. (1992). El pensamiento heterosexual.



Keum Suk Gendry-Kim. (2017). Hierba.

CAGLIARI, ITALIA



Silvia Argiolas, *Purificazione corpo e mente*, 2010

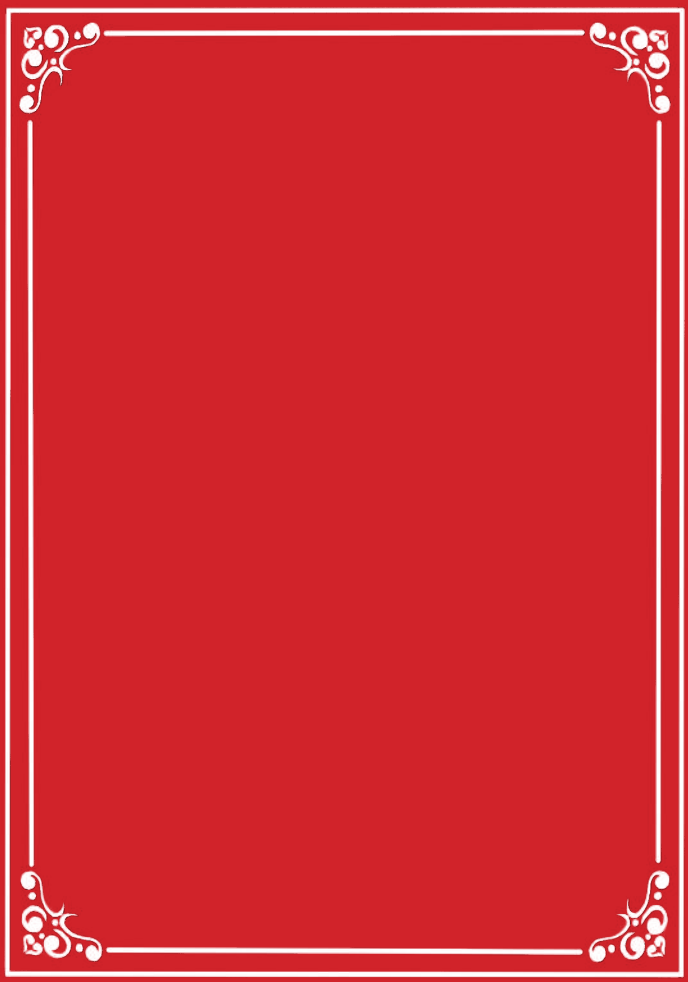
BIBLIOGRAFÍA

1. Aleksiévich, S. (2015). *El fin del «Homo sovieticus»*.
2. Beard, Mary (2018). *Mujeres y poder. Un manifiesto*.
3. De Champourcín, Ernestina. (1993). *Vacío y sus dones*.
4. Garcés, M. (2018). *Ciudad Princesa*.
5. Iriarte, A. (1990). *Las redes del enigma: voces femeninas en el pensamiento griego*.
6. Loraux, N. (2017). *Los hijos de Atenea. Ideas atenienses sobre la ciudadanía y la división de sexos*.
7. Salinas Boldo, Claudia, Tinajero Villavicencio, María Guadalupe, & Sima Lozano, Eyder Gabriel. (2018). ¿Y esto para qué me va a servir? Jóvenes universitarios y literacidades investigativas. *Revista de la educación superior*, 47(188), 139-156.
8. Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. *América: Cahiers du CRICCAL*, (9-10), 9-16.
9. Weil, S. (2014). *Echar raíces*.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Imagen portada: Gentileschi, A. (1638–1639). *Autorretrato como alegoría de la pintura (Self-Portrait as the Allegory of Painting)* [Óleo sobre lienzo]. Royal Collection Trust.

Las obras reproducidas se encuentran identificadas en sus respectivos pies de imagen.



Creada por Nagore Díaz de Corcuera Arteaga